

*no puede ser posible querer volver; no puede ser posible el pasado; no puede ser posible morder en este octubre sólo un viento que escapa. No puede ser posible. (5).*

Además, ¿quién nos asegura que a la muerte del tiempo recobramos nuestro pasado? A esto se podría responder con aquello de que *la duda ofende*. En efecto, el poeta ha dudado, porque al final de su canto dice: *No sé si he de volver*. Si estuviera seguro de la recuperación total del pasado perdido, ni siquiera se plantearía la duda de su propio regreso. Pero, oigámoslo de una vez, porque yo tampoco sé si ha de volver.—ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ.

■

“TÍA EULALIA”, novela de *Chela Reyes*.

La prisa en el vivir cotidiano determina una inmisericorde posición de todo cuanto no esté vivamente adherido a la actualidad y, por supuesto, ello tiene mayor vigencia en cuanto se refiere a literatura y, en especial, a los comentarios respecto de libros. De allí la posibilidad de que alguien crea extemporáneo escribir en torno de una novela publicada hace aproximadamente dos años.

Sin embargo, ésa, como todas las actitudes humanas, es relativa y está condicionada por muchos factores, entre los cuales es de cardinal interés la consideración de que la importancia de los libros no radica en el orden cronológico de su aparición, sino en el valor intrínseco de ellos, en las cualidades que le otorgan cierta supervivencia y le permiten lograr un sitio en la estimación pública.

*Tía Eulalia*, la novela de Chela Reyes, publicada a comienzos de 1951, fué recibida con caluroso elogio por la crítica oficial, recibió algún afectuoso saludo y continuó andando por el mundo

---

(5) *Un viento recorre la tierra*. Idem.

sin mayores comentarios. Como en el caso de otros libros de buen éxito muy merecido, sucedió al anuncio de su publicación una desaprensiva e infundada onda de silencio.

Para otros artistas, la prensa tiene siempre su ventana abierta; las gacetillas casi permanentes, los párrafos laudatorios y el artículo apologético circundan su tarea, exaltan su obra y abren surcos de comprensión estimativa en el ámbito público. Pero para el escritor, cuya labor, a veces de años, se plasma en un libro, la prensa le extiende avaramente su abrazo en el primer instante para condenarle casi de inmediato a rígido ostracismo. Y, sin embargo, ¡qué tragedia es publicar un libro! El pintor concibe su tema, lo desarrolla sobre la tela y expone su obra con el mínimo de extrañas intervenciones, ya sea en el Salón Oficial, en un sala *ad hoc* o en el vano de un portal; pero, el escritor, una vez terminada su tarea, ha de encontrar un editor a cuyo caprichoso criterio artístico se sujeta la publicación posible y, si esta coincidencia no se halla, deberá reunir una fortuna para publicar el libro por su cuenta; luego debe afrontar el "vía crucis" de la imprenta donde le mutilan los párrafos, le trastruecan las palabras, le intercalan líneas y, en suma, le destrozan su paciente labor de ir uniendo uno a uno los vocablos precisos para expresar con elegancia y claridad su pensamiento; más tarde, topa con el librero cuya labor pasa a tener la misma importancia de quien crea la obra en largas vigiliass y tras agudos afanes, por cuyo motivo *admite* el libro en su negocio siempre que esto le permita guardarse el cincuenta por ciento de su valor y pagar el saldo treinta o más días después de la venta de los ejemplares. Mientras tanto, el autor anda a salto de mata buscando los dineros que todavía le faltan para cancelar a la imprenta su fabulosa factura...

Después de todo esto, un párrafo, algún comentario serio, otros absolutamente triviales y, en seguida, el silencio cayendo como una niebla espesa y gris.

Por supuesto, hay silencios merecidos, pues muchos esfuerzos suelen no verse justificados por la lozanía del fruto obtenido.

*Tía Eulalia*, como dije, tuvo varias críticas y comentarios elogiosos a la fecha de su publicación; sin embargo, creo oportuno referirme a ella porque la estimo como una de las obras de más categoría publicadas en el último tiempo y porque le asigno un valor de permanencia superior al de muchas obras coetáneas suyas.

Hay razones para ello. Desde luego, se trata de una novela escrita por una mujer que no escribe como hombre, ni intenta evadir su condición femenina, como tampoco cae en sensiblería lacrimosa, ni en desbordes de exhibicionismo sensual. Escribe como mujer culta, inteligente y artista, sin eludir las manifestaciones vitales ni complacerse en morosas descripciones, siguiendo con precisión las líneas cardinales de sus personajes, a quienes no bastardea ni retuerce, del mismo modo que pinta el ambiente (sea ciudadano, campestre o de la intimidad hogareña) con los toques precisos. Por otra parte, en *Tía Eulalia* hay un clima poético de ensueño, cuya vagorosidad permite deslizarse entre relato y personajes como entre una tenue neblina.

Comienza ese ensueño en el propio epígrafe (“¡Oh, Dios, por fin dí a luz este sueño!”) y se continúa en el prólogo tan íntimamente ensamblado a la novela que se siente la confusión de no saber dónde están los linderos de lo inmaterial y en dónde comienza la realidad, porque ella va envuelta en poético manto: “Era un Hormigón maravilloso. Con su alta cabeza gris y el cuerpo serpentino y dulce, se deslizaba como en puntas de pies por las dormidas estancias de la Casa. Los espejos de aguas muertas y herrumbrosas captaban su silueta indecisa, trataban de retener esa gracia en sus inmóviles estanques. Pero ella pasaba y repasaba junto a las consolas inverosímiles, con su plumerito celeste, tocando con la punta de sus dedos transparentes las porcelanas translúcidas y sus retorcidos amorcillos, quitando de ellas el polvo que se obstinaba en dormir entre la piernecillas regordetas de los ángeles”.

Los personajes simples, la trama sencilla, el paisaje visto con ojo normal, son las características más salientes de esta novela cuyo interés mayor reside en su forma, en el lenguaje empleado, en la



gracia breve de las descripciones absolutamente distintas de esos minuciosos inventarios realizados por algunos escritores con el ánimo de llenar carillas sin mayor utilidad o beneficio para el lector. En cambio, Chela Reyes lo hace con la levedad y brevedad que podemos gustar, por ejemplo, cuando escribe: "Afuera, a través de los vidrios de las ventanas, extendía el parque su desnudez. Hacía frío, y por esto era mejor arrebujar los ojos adentro y posarlos en las líneas simples de los muebles, y en esas compoteras de porcelana que sobre los arrimos de caoba abrían su blanco enrejado y, aún vacías, eran cándidamente maravillosas".

Tengo cierta manía de citas porque ellas permiten al lector el rechazo o la aceptación de las afirmaciones formuladas por el comentarista; en tal virtud, hago ésta y otras siguientes, *verbi gratia*, una cuya lectura servirá para comprender cabalmente cómo la autora ve y muestra un retazo de campo sin necesidad de exhibir un catálogo ornitológico ni botánico, desprecupándose de la jerga huasa y huyendo de la vulgaridad aun en el relato de acontecimientos simples y vulgares: "Y así fueron ascendiendo por la quebrada hasta llegar a un claro donde crecían molles y maitenes gigantes. Se extendieron los albos manteles y rodaron por ellos panes redondos y las viandas de los cestos. En el centro los racimos de uva rosada y las radiantes naranjas se elevaban en luminoso grupo, y las jarras de vino espaciaban su fulgor a lo largo de la improvisada mesa. Y una tibia alegría corría por las venas".

"Más tarde, después del ardor de la siesta, se volvían a alzar los rostros adormilados, y las guitarras comenzaban a afinarse con débiles sonidos, mientras crecía un caracoleo en los talles de las mujeres y en los ojos de los varones una sorda insinuación. Un tardío rayo de sol atravesaba el cordaje dorado del arpa y una mano morena y ágil corría por él, despertando la música".

De semejante manera describe escenas, cuyo relato hecho por algún otro escritor sin elegancia, sería zafio, como ocurre, por ejemplo, al reseñar la inquietud y la lucha de unos potros enardecidos por la proximidad de sus hembras. O cuando Eulalia sorprende

en íntimo connubio a su hermana Norah con Edgardo en el aislamiento silencioso de una casa abandonada.

Pero, no solamente hay habilidad para describir escenas, paisajes y ambientes; existe, además, finura y profundidad de observación en las reacciones psicológicas de sus personajes, desnudos de complicaciones y retorcimientos, por lo cual ellos llegan en plenitud al lector.

No pretendo demostrar que *Tía Eulalia* sea una obra maestra ayuna de imperfecciones; pero, eso sí, creo encontrar en ella una novela de valor cuyo nombre no ha de sumergirse en el olvido, puesto que es capaz de soportar con brillo la prueba de fuego de una relectura y de salvar las vallas del tiempo y del silencio.—AGUSTÍN BILLA GARRIDO.



GILBERT CESBRON, *Los Santos van al Infierno*, Editorial del Pacífico S. A., tercera edición, Santiago de Chile, 1953. 303 págs.

*Los Santos van al Infierno* fué el mayor acontecimiento de la novelística francesa de 1952. El mayor éxito de público y consiguientemente de librería de ese año. La traducción al español, hecha por Alejandro Magnet, el crítico literario de "Política y Espíritu", a poco tiempo de publicada la obra francesa, lleva ya tres ediciones. Donde se la haya publicado y leído ha desatado una enorme cantidad de comentarios y controversias desde todos los ángulos ideológicos, pues la novela, aparte su indiscutible mérito literario, es un documento vívido de un sector social subproletario identificado en la novela con el nombre de *Sagny*.

La simple descripción naturalista, documental, habría hecho de esta novela una más entre las muchas que se han enfrentado a ciertas míseras realidades sociales. Lo que hace de esta novela una obra distinta, y esto no deja de ser curioso, es su espíritu singular